

BLANCO Y NEGRO

José Gregorio Hidalgo Herrera

(Jódar)

*H*e vuelto. Si, cerca de medio siglo después de que me fuera, he regresado por fin a mi terruño. Jamás ha dejado de serme propio, por más que en él nunca fueran míos ni unos palmos de tierra donde se me oculte el día que me muera. Pero no, no me la pueden quitar. En ella nací y es mía y lo será muchos años después que, como he dejado dispuesto a mi familia, sea enterrado en la humedad de sus entrañas

Fueron tantos los gozos y las sombras, los soles y las penas, las lluvias y los vientos que esta tierra volcara sobre mí en aquellos tiempos de mi juventud, de sueños, de inocencia, por más que también fueran de oscuridad, de injusticia y de miseria que, aun cuando yo quisiera, no podría ser ya de otra manera.

Aunque me fui, nunca llegué a desear marcharme y desgajarme de mi gleba, pero la necesidad de sobrevivir me lo dictó así y no hubo otro remedio. No fue un deseo de ir a alguna parte, fue solamente que la vida me lo impuso y me arrojó a otra latitud, a otros horizontes hostiles también. Fue un simplemente: ¡Fuera!

Derrotado y llorando me alejé y ahora vuelvo a ella, a llorar también por lo perdido entonces y lo no ganado con mi ausencia, en otras lejanías donde no podían suplirme lo que yo añoraba.

¿Vuelvo triunfante ahora a la misma estación donde, hoy como antes, nadie aguarda? Ciertamente que no. Aunque hubiese logrado la prosperidad, que no alcancé. Apenas me salvé de la riada y trabajé, también de sol a sol, bajo cubiertas de amianto y de uralita haciendo lo que no quería, en lugar de sudar el jornal en campo abierto, oliendo a brisa de la sierra mía. Y subsistí, que no era poco. Así llegué a tener vivienda propia, una familia, un hogar, y una libreta de banco con que ir pagando la hipoteca.

En aquella inhóspita estación de trenes de tercera y negro penacho de humo del carbón de piedra, a uno me subí de asientos de madera, que nuestras nuevas generaciones tampoco han conocido, y guardé la caja de galletas bajo el propio, no fueran a robarme la

talega, y un hatillo de ropa que llevaba para los primeros fríos del invierno de ausencias y silencios, que me venían encima.

¡Que noche más oscura y más eterna, aquella que me llevaba a mi destierro! Turbiamente un consuelo me quedaba: el saber que allí mismo, en esa celda móvil colmada de tristezas y de mierda, otros españolitos de tercera también, salvarse buscaban como yo del hambre y la miseria. Y a la malparida luz de sus linternas en el techo, comprobé que no eran las mías las únicas lágrimas de rabia, de miedo y desamparo, que aquella noche y allí se derramaban.

Aún recuerdo que el cansancio me venció e hice algunos balanceos de cabeza. Un fuerte golpe con ella en la dura madera del respaldo, me forzó a guardar vigilia en el trayecto oscuro que emprendía.

Y recordé a Gabriela.

* * *

Viéneme a la memoria aquella tarde hermosa y prolongada de la primavera. Avanzada ya, los jornaleros regresaban al cortijo desde diversos puntos del olivar y de los labrantíos en las sementeras del a la sazón verde cereal. Unos y otros en misión de chaspa y cava, de riego o laboreo y arranque de las malas hierbas, portaban en el hombro, cada cual su cruz, en forma de azadas, amocafres, legones y escardillos.

En sus caras la huella del cansancio y la fatiga tras una larga jornada de labranza. Al par con ellos, los muleros tornaban sus acémilas cargadas del cebero de pleita, del yugo y del arado, buscando cual los otros el amor de la lumbre y el descanso en la noche fresca. Todos convergían al caserío en procura del sosiego, el jergón y la pitanza; que mañana sería otro día igual de faena y de fatigas. “¡Y que no nos falte, Señor, que no nos falte!” y, pensando en la cosecha, un “¡Agua Dios y venga Mayo!” que decían. Desde las colinas, se escuchaba bajar cada vez más cercano el rumor campanillero de las esquilas y cencerros del hermoso hato de ovejas de la finca del amo. Denunciaba también su cercanía la polvareda espesa que, camino abajo, producían las pezuñas en buena mezcolanza de tan nutrido rebaño de churras y merinas. Otro tanto llevaban de aureola de moscas y de garrapatas que medraban entre la lana larga ahora y anillada y siempre sucia de aquellas que bajaban. Guiadas eran del pastor y dos medio desnudos mocosos rabadanes, y tres perros ovejeros, que eran un contento de ver empujando el ganado hasta el aprisco, desde lo alto de la majada allá por los pastos del otero.

Media hora después volvió la calma. Mas no del todo. Había en la puerta de la nave grande, trabados sus ronzales en las anillas que al efecto colgaban de la delantera, dos buenas bestias cargada la alforja o seroncillo de algunos herrajes y utensilios raros, que en un principio no supe averiguar a qué venían.

Dentro de la cantina, cocina y comedor, casino y mentidero que era del personal obrero de la hacienda, se escuchaban hablar dos voces nuevas con el manigero. Dos hombres eran, que dueños debían ser de ambos muleros.

Nada más entrar reconocí a uno de ellos. Eran `esquilaores´ y venían, como todos los años, a ejercer su paciente labor en el esquila de las ovejas, cuyo pelaje había de llevarse más de quince días, y empezaba ya a estorbar al ganado a estas alturas del cercano estío, y a demandar su desmoche, que el amo esperaba para almacenar disponible o ferear su bien pagada lana, según conviniera a su talego.

Entraba también en la especialidad de aquéllos, el saneamiento en los cascos de las bestias del cortijo, y el herraje de cuantas de ellas lo necesitaren, bien con primeras herraduras para las más jóvenes, o la reposición de aquellas otras a las que las tuvieren desgastadas. Afilaban también las herramientas de cocina, de siega y utillaje, que desde el año anterior se habían mellado.

El otro `esquilaor´ que yo no conociera, era `nuevo en la plaza´ y en mi inocencia, me cayó mal desde el primer momento. Encendía en ese momento, chulapo, su cigarro en un ascua tomada de las brasas con las tenazas que, para atizar y removerlas, en el hogar había. Probablemente para su inmediato reconocimiento por quienes en nuestros pueblos demandaran sus servicios, vestían unos ropajes bastante llamativos. De pantalón a rayas verticales y apretado, nada usuales por los naturales de la tierra, botines de tacón sonoro, ajustada y oscura camisa cerrada por arriba con un cuello blanco que nunca entendí, y un pañuelo ostentoso en la cabeza, atado en forma de moñete o de coleta, sus indumentarias les daban aspecto como de extranjeros, húngaros o gentes de teatro. Todas estas peculiaridades se manifestaban con mayor rigor en el que me era desconocido, quien las exhibía de una forma que me pareció chulesca y descarada. Tal vez mi rechazo tuviera que ver con el recuerdo que mi memoria guardaba de unas ilustraciones apenas vistas en un libro que cayó en mis manos siendo niño, cual hablaba de los legendarios bandoleros de la Serranía de Ronda y de Sierra Morena y que venían a encajar de forma exacta con la imagen del seguramente `esquilaor´ novato.

El primero, un hombre mayor y aunque de parecida indumentaria, su imagen inspiraba más sosiego y cierta confianza, bien ganada en sus repetidas giras por los lomos seculares de las ovejas de la casa. Eran, yo lo sabía por su trato con ellos otras temporadas, extremeños de cuna, y gente aventurera y trashumante casi todo el año.

En su conversación con el `aperaor´, cerca mismo del fogón y la peana, negociaban las condiciones del trabajo que venían a realizar, y de su alojamiento en las dependencias de la alquería.

* * *

Era el Cortijo del Rosario hermosa finca donde las hubiera. "Entre olivares y cortijos blancos" cortada al sur y al sol de Sierra Mágina, orgullo de sus dueños y otro tanto o más,

ingenuamente, de los hombres y mujeres que matábamos el hambre trabajando en ella. Extensa, de buen olivar regado con las aguas frescas de los alcores y los cerros de sus cimas, y otra superficie igual o parecida, de campos de tierra calma donde las sementeras de trigo y de `cebá`, “con las lluvias de abril y el sol de mayo” crecían generosas, anunciando buen `agosto` y aún mejor `barcina` para el otro. Verdeaban en plata los olivos, y en esmeralda el cereal en mar de espigas que las brisas agitaban y ondeaban en cadencia suave y caprichosa. Ambas cosechas venían a completarse con la otra, tan pingüe como ellas, que rendía el ganado de sus dehesas. De amables pastos y llenos de frescura, en las faldas alegres y empinadas de la sierra y en los escotes húmedos de valles y altozanos, nutrían éstos con holgura no menos de mil cabezas de cabras y bovinos.

En la inmediata caída de la serranía, boscosa de encinas y pinares, arrancaba el monte bajo y buena parte de los pastizales. Muy cerca los almendros. Después y descendiendo, se dibujaban en otoño las primeras besanas del secano, que trazaba el surco del arado sobre las tierras de labranza y sementera. El resto, de barbecho, `pa` otro año. Debajo, el olivar geométrico empezaba su formación al lado mismo del cauce de riego de las aguas que, como digo, bajaban de muchas fuentecillas desde las nieves de la cordillera. Y en ellos se perdía la vista, hasta las ramblas de abajo y el camino viejo que llevaba al pueblo.

Allí donde acababa la tierra de labor y el olivar comienza, en medio de ambas piezas, una desahogada planicie formaba la meseta donde se alzaban las edificaciones de los jornaleros y las cuadras. Cerca de aquéllas, aunque apartada y un poco más en alto, la casa rumbosa y arbolada de sauces y eucaliptos de los dueños. Un tanto más allá, la huerta. Bastante más al fondo y alejados, tras de las eras de emparbar, los apriscos del ganado ruidoso y maloliente; aunque no lo era tanto para los pastores, cuales, en su eterno cuidado, en ellos mismos tenían la caseta que era su refugio, orilla del atamor y de la fuente.

Ese era nuestro pequeño mundo. ¡Cuánta vida había en él! ¡Cuánta alegría serena y cuánta galanura! No sabía si podría haber otro mejor, ni me importaba. Allí me crié y allí aprendí a amar la tierra que nos daba el aliento y el pan de cada día. Y desde allí empecé a aborrecer el exterior, de donde nos venía lo artificial y extraño, y a donde iban a parar lo mejor de nuestras cosechas y el ganado.

Después que tanto he visto. Que tantas comodidades y placeres, que tanta ambición y competencia he palpado en esta sociedad de nuestro tiempo, me pregunto: ¿Era bueno vivir de manera tan estrecha? Tal vez no, y fuera de tontos mi dilema. Pero quien no conoce otra, y se apaña con un trozo de pan y una cebolla, o un caldo caliente en una cacerola, busca su placer en estas cosas, es verdad que más naturales y más nobles, más sencillas... Y termina por llenar su alma de ternuras, de atardeceres hermosos y de rosas o humildes amapolas, y encuentra en el amor inocente a otra persona el gozo que no alcanza el más mundano, el más rico o el más triunfante y poderoso o más condecorado.

¿Se puede ser feliz y pobre? ¿Seguro que somos ahora más afortunados?

¡La respuesta tendrá mucho que ver con los anhelos que este mundo artificial siembre en el alma de cada cual de los que en él andamos! ¡Tendrá mucho que ver también con las pasiones o, caído en la envidia o la avaricia, no importarte mucho, por aquello de la medra, el ensuciar tus manos en la mierda!

* * *

Me había criado yo al amparo de mi abuela, eterna viuda de mantilla negra, mujer de confianza de los amos y buena cocinera de puchero y marmita de secano, casi siempre en vigilia de carnes y chacinas y ausencia total de buen pescado.

Aún recuerdo que siendo yo un chiquillo, en las noches oscuras del invierno, gimiendo la ventisca, a la luz de un candil y del fuego de los leños ardiendo en el hogar de la peana, acurrucado en ella, me contaba mi vieja mil relatos de miedo y de fantasmas. También a veces, sus recuerdos de niña, y me decía: "Por aquí venía de cuando en cuando un médico llegado de otras tierras, y hacía fotografías", y me enseñaba una que le hiciera el médico fotógrafo, que en doble intimidad guardaba desde cría en las profundidades de su faltriquera.

Mandábame a llenar de caracoles en el húmedo follaje de los caces, las tardes templadas de rocíos, una cesta de mimbre que tenía. ¡Era milagro para el paladar lo que después hacía con los cabrones!

Solía subir al monte y rebuscar en las yerbas los mejores aliños, y aún las leñas, de tomillo, romero, orégano, hinojo o hierbabuena, collejas, acelgas y cardillos, espárragos trigueros y brotes o flores de alcaparra, guindillas bien picantes o setas de pinar o cardo-cuca, y muchos otros más a que mi incipiente aprendizaje no alcanzara, por más que en su recolecta le ayudara y fueran siempre delicia de mi tripa inocente y nunca llena.

"¡Qué bien comes, gañán! ¡Nunca te ves completo!" Me decía, cuando le preguntaba si había quedado algo, por probar con un segundo envite.

Echadas las especias en sus guisos, de andrajos o gurullos, papas a lo pobre, gazpacho o pipirrana, potajes y `estofaos´, cuando había algo que estofar o que freír en forma de liebre o de gazapo cazados al descuido, arroz con caracoles o conejo, perdiz en vinagrillo, o algún serrano jabalí caído con honor bajo escopeta del mayoral o el amo, y ¡cómo no, las migas cortijeras! alcanzaba la marmita sabores ambrosiacos que nadie después llegaba a olvidar aunque quisiera. Cualesquiera que fueren de sus manos hacían morir de gozo a muleros y pastores, segadores o aceituneros cuando era su ocasión, y jornaleros de a pie, rabadanos y demás cantamañanas. Y "Sultán" y "Lobo", los perros del cortijo, que de todo habíamos entre la hambrienta mesnada de la finca.

Guardaba sus tesoros de especias y de yerbas en una larga fila de brillosos pucherillos oscuros de cerámica, que tenía siempre a mano en la amplia repisa que cubría el fogón y la peana, y el hornillo de cocer el pan. Tan nutrida era aquella y tan cuidada, que llamaba la

atención del visitante extraño nada más entrara en la cocina por más que fuera ésta grande y desahogada.

Fácilmente se entiende que el amor de ella, y su guisos, hayan sido después, durante cercano el medio siglo, una de mis más repetidas añoranzas. Jamás los probé iguales aunque los años, una que otra celebración familiar, y cierta holgura de mis tiempos más recientes, me llevaran a alguna renombrada hornilla de fama y oropel de la repostería urbana.

Sentados a la larga mesa de su cocina andábamos aquel medio día que recuerdo ahora, esperando impacientes y como siempre hambrientos, la bendición de Dios en forma de unos andrajos que mi abuela había estado cocinando durante la mañana. El olor que la olla desprendía y que impregnaba de gloria la totalidad de la capilla aquella, hacía más impaciente nuestra espera. Así lo reflejaban nuestras caras en aquesta clara estancia de grandes y abiertos ventanales, que aún recuerdo como si fuera ayer nuestra vivencia.

Nuestras sillas de anea se apretaban en torno de la tabla, pues que a la ocasión había dos comensales más en el reparto. Tendríamos durante una quincena cuando menos, como agregados en la mesa a los `esquilaos` extremeños, que esa misma mañana habían empezado su faena. Todos allí éramos hombres. Las pocas mujeres del cortijo comían después por separado, por aquello del machismo y del recato.

Desde el fogón hasta el rústico mueble, mandó mi abuela llevar la ardiente cacerola por las asas, al pinche que le ayudaba en los recados y a Gabriela, la moza de mi inclinación y mi desvelo.

El chiquillo era de mi sangre y nieto como yo de la ilustre cocinera del cortijo. Vivía cobijado a ella, igual que yo antes de ascender a jornalero. Hacía de todo tipo de mandados y negocios menores en la casa, de llevar y traer recados de los amos, aguador en los campos en tiempos de la siega o espigar, y limpiar lo que se le mandaba. Su jornal no era mucho, apenas la comida y un jergón `pa no dormir al raso`. Pero era buen oficio, de mayor llegaría a peón y, con suerte y empeño, a mulero si alcanzaba con los años a dominar su ciencia.

Pero tiempo va siendo ya en mi relato que hablemos de Gabriela.

* * *

Era la hija del encargado del olivar y de los riegos. Como el "Josete" mi primo, también era meritoria en el oficio de fregona, aguadora y moza de cocina, aunque es verdad que, granada como ya lo estaba, ganaba su jornal en tiempo de aceituna con las otras mujeres en el tajo, venidas del pueblo a recogerlas entre las yerbas heladas por la escarcha y los barro, helados también, de las gélidas mañanas del invierno. Y así ayudaba la infeliz a su familia.

Guapa moza, criada al socaire de la sierra, templada por los fríos del invierno y forjada al sol del otro tiempo, no necesitaba carmín para sus labios rojos, ni coloretos para sus mejillas de pómulos salientes y carnosos. Juncal, airosa y espigada, nada le sobraba ni

faltaba en su cuerpo incipiente de ninfa esplendorosa. Su cara era una rosa de pétalos jugosos que, cuando sonreía, quebraban dos hoyitos que en sus carrillos venían alegre y aún pecaminosamente a dibujarse. Perder en ellos se podría un amante, de no perderse primero en el oscuro profundo de sus ojos negros. Su pelo también endrino y largo y ondulado, velaba y enmarcaba el ovalo perfecto de su cara, según le conviniera. Era en fin una belleza de la tierra, castiza y aldeana, que llamaba a los sueños y al amor, por más que la modestia y la pobreza de sus ropas y la modestia también y la humildad de su alma llana, procuraran, sin éxito con ella, hacerla pasar inadvertida o ignorada.

Después de la semblanza que le hice, podría pensarse de mi amor por ella. Mas no era así. La veneraba tanto, la sabía tan lejana a mí y a todos, que nunca soñé alcanzarla, ni pensé que hubiera nadie que la mereciera. Desde niño la vi crecer muy cerca y ello con ventaja, pues que era además dos años mayor que quien lo cuenta ahora. En mi insignificancia, la contemplé pasar en una primavera, de niña a mujer, a reina alejada y admirable. Y no pude alcanzar el quererla no más, como a una hermana. Aquello tan difícil fue posible por nuestro diario devenir, su cariñosa templanza en nuestro trato, y porque, mayor que yo como se sabía, me trataba cual niño que yo no había dejado de ser para la buena moza. Nunca pues, había contado yo para Gabriela más que, al igual que ella para mí, como un hermano.

Y vino la comida hasta la mesa, de su mano.

* * *

En un primer envite, las cucharas volaban hasta el guiso por más que nos quemaran la lengua los andrajos. Todo era soplar y manducar, y otra vez la cuchara a la cazuela. Apenas nadie osaba decir una palabra por la cosa aquella que se dice de "Oveja que bala, pierde bocado". Y entre eso y el hambre...

Estaba claro que no iba a sobrar comida. Pero saciadas las primeras gulas, empezó a templarse un poco la camada. De los dos recién venidos extremeños, ya sabía el más viejo cómo mi abuela y cocinera las gastaba, y aún cuando su sincero homenaje a la calidad de aquella pucherada, como hombre mayor que huye del picante y del exceso, empezó a trabajar más lenta su cuchara. Y así lo hicieron también los otros más mayores, aunque no de ese modo nosotros, los más jóvenes, hasta que empezó a sonar el culo de la olla. Y se acabó el banquete en siete padrenuestros, tal me enseñó a medir el tiempo mi tutora.

No fue de los menos comilones el joven y chulapo `esquilaor´ que a mí no me gustaba. Perdió, eso si, un par de cucharadas, por mirar a donde no debía y a Gabriela, que bregaba con mi abuela maritornes recogiendo parte de los trastos con la cesta de mimbre a la alacena y llevándole el agua de los cántaros desde su labrada cantarera al fregadero de piedra desgastada, de dos senos y una sola pieza.

Noté la cosa y me sentí molesto. Mas aún peor, en una última ojeada me alarmé al contemplar que ella lo había visto mirarla y, según la expresión que vi en su cara, ni llegó a

molestarla ni agradarla la fijación que el otro demostraba. Y me sentí padre y no hermano en el aquel momento y pensé que ni el chulo aquél, ni nadie, se la merecían. Y lamenté en tono profundo el que ella no rechazara ásperamente y de inmediato, la descarada insinuación que el otro le enviaba.

Pero tocaba ya comer a las mujeres y los niños, y había que despejar el aposento. Fue mejor para mí, y todos nos salimos a la puerta, aunque no tenga que decir quién fuera, para mi disgusto, el último en hacerlo.

Mas aunque largo, no daba el día para pararse mucho y a poco del almuerzo, cada cual a su puesto y su faena, un par de mozos a ayudar a los `esquilaores´ en su brieda de cortar y administrar la lana, y los demás al tajo y la besana.

Yo no dormí bien aquella noche, y soñé con descalabros y desgracias.

* * *

En los días que a los extremeños duró su temporada, yo pude ver a la pareja varias noches departir en la era, cercanos y amigables. Instintivamente pensaba que él no era bueno para ella, sin saber que La Naturaleza lanzaba a Gabriela su llamada ancestral a la renovación y a la continuidad del género. Y que "aquello", bueno o malo, era imparable si se continuaba poco más y daba tiempo a que uno u otra, o los dos, se enamoraran.

Y así debió de ser, mi Santa no me quiso escuchar en mis plegarias, y el mismo día que marcharon de "El Rosario" los laneros, desapareció Gabriela de la casa.

¡Qué decir de sus padres y su abuelo! Estaban ciertamente desolados, pues que ellos esperaban unirla años más tarde a algún mocico jornalero de la tierra y verla contentos y a menudo, y tener hijos, y ayudarle a criarlos y "envejecer junticos".

Pero al fin ¡qué se podía hacer! después de todo el escaparse con el novio era moneda corriente en aquel tiempo y no se pasaba por más celebración que el hecho consumado. `Las bendiciones´, y el perdón, después de la campaña de aceituna, `pa´ juntar los jornales ganados de uno y otra, y arrancar de ricos su andadura.

Y así debía ocurrir la historia, y ¡ojalá! que ahí hubiera terminado. Pero no.

* * *

Fue pocos días después que, una mañana, aquel silencio bucólico del campo se estremeciera y rompiera abruptamente, en medio del horror de los pájaros del monte y de la vega, y el de los corazones de los labriegos que lo sentimos llegar, inesperado.

Era el primer tractor que nuestros ojos vieran. Aquella máquina de ruedas infernales y de tubos y hierros retorcidos, de suspiros pestosos y tronantes, hizo unas pruebas en medio del barbecho y todos contemplamos admirados lo pronto que lo hacía y lo bien y pareja

que dejaba la labor sobre la tierra. Si el chofer le `apretaba`, hundía la reja más honda que los mulos y luego rastreaba lo arado y lo dejaba uniforme y bien mullido.

Era un contento ver que, en adelante, ella nos araría el olivar y haría la sementera, y mejoraría buena parte de nuestras fatigas en los tajos, y nos ayudaría en la faena. Mas no, no venía a eso. Venía a quitarnos el trabajo, y a dejarnos la marmita bien vacía.

Dos semanas después llegaron tres marchantes y se llevaron cuatro hermosas parejas de mulos de la hacienda. Y después... Uno a uno...

Es verdad que nada podríamos haber hecho, pero cuando nos dimos cuenta ya era tarde. Y nos fueron echando de la tierra.

Apenas nos quedara de esa forma, la campaña de siega, hasta que inventaran otro armatoste que también la hiciera. Y la recolección de la aceituna ¡Feliz ésta, que había que hacerla grano a grano!... Si acaso, veinte días en Francia a la vendimia, y hemos terminado.

Y se fortaleció el secular jornalero que, por ambas partes consentido, aún creo que azota nuestros campos, y que viene a consistir sucintamente en trabajar dos meses en el año, pasar después los hombres como un trasto más al duro sotabanco de la espera, y cobrar las limosnas del subsidio, para de ese modo no quebrar ni soltar del todo la cadena.

“Los sembradores de trigo, los que viven de coger la aceituna, los que esperan la fortuna de comer...”

Y se me despidió. Y tuve que marcharme. Y coger la cajeta y una cuerda y montarme en el tren que dije más arriba.

Debí de hacerlo un mes antes y así no habría gastado la mitad de los ahorros que tenía y evitado además un nuevo llanto:

* * *

La vi llegar. Yo fui el primero que la viera. Subía camino arriba por entre el olivar, con un hatillo al hombro. Venía descangayada y macilenta. Traicionada, lloraba de humillación y desamparo y mancillada, a la espera del perdón de su familia. ¡Era Gabriela, la moza de mis sueños! ¡Cómo se abrazó a mí cuando yo corriera y alargara emocionado hasta donde ella caminaba!

Tal como yo pensaba, aquel truhán del pañuelo, el botín de tacón y la tijera, aquella ave de paso y carroñera, era un cobarde que sólo iba buscando el placer inmediato. Usar y tirar a la mozueta, y continuar su carrera de conquistas, en unos tiempos de donjuanismo imbécil, aplaudido torpemente que era por los machos y, si se me aprieta, por la sociedad entera.

* * *

Y heme aquí ahora cuarenta años después ¡bendita sea! Buscando mis orígenes. He venido solo. Mi mujer falleció hace algún tiempo y mis hijos no entienden mi odisea. Son gente urbana ya y, viendo el balance pobre de mi vida, yo me alegro. He venido a reencontrar lo que era mío, que no es el olivar y no es la tierra.

Era mío el monte, era la brisa, era el cielo azul, eran las nubes blancas, eran el viento y la lluvia. Eran en fin los calores, y los fríos rigurosos del invierno, eran las fuentecillas y el agua fresca que corre por los arroyos desde las sierras blancas. Era Gabriela, y el canto de las aves y el olor de los trigos en la era. ¿Y no fui rico y feliz con esos capitales? Con el tiempo he llegado a pensar que sólo se reconoce haber sido dichoso, cuando miras atrás después de verte desgraciado.

Y ahora, regresado, viejo y cansado como estoy, he hecho mi incursión a la heredad de mis recuerdos.

* * *

No me costó mucho bajar por el camino de las ramblas, que ahora encontraba muy distinto. Sería que notaba en él un gran silencio. Ya no se escuchaban los gorjeos amorosos y los trinos de las avecillas del campo de mis sueños, por más que atravesara por valles y barrancas de arboleda y floresta repetidas. ¿Dónde estaban mis pájaros? ¿Dónde sus nidos? ¿Por qué se habían marchado, ellos también, de aquellas heredades? ¿Los habrían despedido igual que a mí? ¡Que triste y desolado estaba todo!

Y llegué hasta el pontoncillo que daba entrada a la finca como antaño. Entré en el olivar que tanto conocía, pero creí que andaba extraviado, ¿Dónde la hierba fresca en las camadas, y los caces pequeños que marcaban los cuarterones de olivos para el riego? En cada tronco, como yo cuarenta años más rugosos, se veía un tubo finillo y alargado de negro propileno, que venía a decir que se acabaron los borboteos cantarines del agua discurriendo por los cauces callados y serenos. Pero lo que más echaba en falta era el verdor de la hierba en el terreno. En su lugar, abandonadas vasijas de plástico, con un color obscuro, de fitosanitarios, herbicidas y venenos. Y supe por qué del silencio de los pájaros, de la ausencia de grillos y cigarras, y qué camino habían tomado las hormigas. Me encontré, eso sí, latas de aluminio, muchas latas, de colas y cervezas con chillones reclamos, hasta aquellos escenarios mal venidas. Y no poco cascajo de cristales en todos los tamaños malparidos. Ya no olía la tierra a fermento del estiércol, alimento fecundo del subsuelo. Pero había, eso sí, por doquier mil sacos rotos, de plástico también, con fórmulas y nombres de botica, que serían los nutrientes de diseño que ahora les metían a las olivas.

No, no me gustó lo que veía y atranqué más deprisa hasta el cortijo. ¿Qué turba había pasado por allí, para dejar diezmados los campos de olivar tal cual estaban?

Al cruzar lo que fue la acequia grande, encontré un tubo más gordo de lo mismo cual, semienterrado que lo fuera, había acabado con la flora tierna y fresca de aquel cauce matriz. Tan sólo en un extremo quedaba una cepa de juncos y miserias que se negaba a sucumbir a

las nuevas ausencias del moderno holocausto y exterminio. Y me acordé de mi abuela, y de los caracoles. ¡Anda que si tuviera ahora que volver a colectarlos entre las vegas secas!

Alcancé la plataforma del cortijo. Al otro extremo superior de ella, allí donde los trigos, había crecido otro tanto de olivar como el de abajo y un tanto más estrecho, y había cargado de monotonía el horizonte, incierto ahora, hasta más arriba de donde se habían arrancado los almendros. ¡Ay, el camino de almendros, cuando en flor, hasta la Fuente Fría! Y aún en la sierra de pinos y encinares, se veía la mancha grande y negra de un incendio, que después supe de unos veranos antes, y que en estas etapas de sequía no había dado tiempo a La Naturaleza de disimular de verde, al menos por el tramo antes lozano de su monte bajo de piornos, retamas, hiniestas y sabinas.

“Besé los muros de la patria mía”, recordé de una égloga del siglo de oro de nuestra Literatura, en la que el poeta, también como yo ahora, añoraba unos mejores tiempos. Mas yo no encontré nada qué besar, que no fueran los restos de algunas paredes terrosas, derruidas, donde antes fueran las naves del cortijo.

Sacrificada buena parte de la plaza y de la era, también en beneficio del olivo, venía éste a cubrir piadosamente las ruinas que quedaban de lo que fuera la mejor alquería de la comarca. ¡Mi alquería!

Llegué hasta aquellas ruinas desoladas: “Allí estaba la alberca, por aquí las cuadras, allí la casilla de pastores” y aquí, “Aquí mismo, iba la parra, y detrás de esos cascotes la nave grande y en ella la cocina de mi abuela. Aún queda un pico con restos de peana; en la pared de al lado colgaba el manigero las jaulas con pollos de perdiz para cazar `el cuco´ antes del celo y con reclamo. Y ese ripio tan negro que se ve, era un pedazo de la chimenea”.

Escarbé en la tierra y encontré primero algunos oscuros trozos sueltos de cerámica, brillantes que fueron en su cuna ¿Serían pedazos de los pucherillos de aliños de mi vieja? Ahondé hasta el piso mismo. Sí, allí estaban las losetas calizas del suelo de la estancia, planas, irregulares y sobadas, cogidas de argamasa y encajadas. Y me incliné a limpiarlas, y se mojó una de ellas con mis lágrimas.

Entre aquellos escombros aún había vida. Lagartos, lagartijas y culebras medraban en torno de los agujeros y rincones que formaban los ripios y las piedras, y entraban y salían a su albedrío acechando a sus presas ahora abundantes de ratones, o arácnidos y larvas. Al verme se escondían entre los orificios y las malas yerbas. ¿Será que conocían el egoísmo y la mala leche de los de mi raza?

Me incorporé de nuevo y me puse a mirar a lontananza. Y noté las ausencias de otros tantos cortijos blancos del llano y de la sierra, que yo veía a lo lejos cuando mozo, y ahora ya no estaban. ¿Dónde “La Coscoja”, dónde “Palomares”? Aquellas tapias viejas ¿Será “el Colmenarejo”, y aquellas “La Ventilla”? ¿Y aquel otro, el Cortijo de la Fuente Vieja? ¿Se lo llevaron los fantasmas que arrastraban en él cadenas por las noches, según decían los viejos cuando yo era un niño? Pero, Señor, ¿Qué hemos hecho con el campo y con el Mundo? ¿No

estamos actuando igual a cual lo hiciera aquel predador extremeño con Gabriela? ¿Merecía el Progreso tal venganza? ¿Es que está condenada a la extinción, la vida rural de nuestra España?

Hurgando por la Historia, he llegado a pensar que nuestra especie nunca fuera arrojada del bíblico jardín de El Paraíso. ¡Fue peor! Fue simplemente que nos pusieron en él y lo arrasamos, como ahora este otro valle de mi quebranto y de mis añoranzas. Y llorando, de nuevo recordé a mi abuela y alguna de las cosas que decía: “Por aquí venía de cuando en cuando, un médico llegado de otras tierras, y hacía fotografías”.

¿Acaso conocía aquel galeno raro, que se acababa la armonía y el respeto a nuestros campos, o sabía de los vientos nuevos que venían, y quiso salvar para el recuerdo de aquestas geografías, los modos y costumbres de ésta tierra? ¿Y por eso las fotografías?
